

LA CIUDAD DE LOS DESECHOS

Fernando López

Novela

(6^a. novela de la saga *Philip Lecoq, detective*, fragmento)

Raíz de Dos, Argentina, 2017

Uno – En casa de Gladys

En la quietud de la noche de agosto, que ya no era profunda como en los años de nuestra infancia, no cesaban de escucharse el lejano ulular de las sirenas y el traqueteo de los helicópteros bajo los cielos de la ciudad. El alba se manifestaba ante nosotros de un modo contundente, con esa lentitud que significa llevar el pasado sobre los hombros hacia la incertidumbre del día que se inicia. Ninguno de nosotros era el mismo después de recuperar a la criatura que dormía sacudiéndose y roncando rodeada por desconocidos, en esa habitación sin ventanas con piso de cemento, paredes y techo de azulejos y a medio terminar. Ninguno de nosotros estaba en condiciones de asegurar que nos sería fácil volver a la rutina de los días y al aburrimiento, al colegio nocturno y a la “normalidad” de nuestras casas, rodeados de niños y de perros. Mientras duró el trajín posterior a la llegada, aproveché para tomar varias fotos con la camarita de Emilio, a la criatura, a Gladys, a los compañeros de *Esperanza sin Muros* que nos ayudaron en la búsqueda. Cuando al día siguiente de nuestro arribo busqué a la Lore para llevarla a esa casa, yo seguía con la ropa sucia por la revolcada en la calle pantanosa de la villa El Nylon, con el moretón derramado en ambas mejillas y algo parecido a una empanada en el centro de la cara, testimonio de los puñetazos del Zulú que habían fracturado mi tabique. El temor a las consecuencias de lo que estábamos viviendo iba en aumento y aunque intenté minimizarlo, el bello rostro de la Lore se mantuvo desencajado. Los frutos obtenidos con la investigación los habíamos cosechado de la mano de la casualidad, como si el destino o eso que nos guía hubiese dispuesto que nuestras vidas cambiaran desde un punto de partida apasionante y peligroso. Porque recién entonces, después de ese día, podríamos tomar decisiones para evitar que la criatura cayera en manos de sus perseguidores: la furia desatada nos convenció de que nadie más que nosotros estábamos en condiciones de salvar su vida. El Coco y el Bronco se habían ido después de las fotos, pero Emilio y el Tolo siguieron apostados en la galería con los ojos clavados en el tejido de alambre que rodeaba la casa. Emilio, con su cara hinchada como la mía, fumaba y bebía del pico de una botella largos tragos de *pajarita*, el licor de cáscaras de papas que había aprendido a hacer en la cárcel, mientras el Tolo, que no fumaba ni bebía, repasaba versículos de la Biblia evangelista, prestando atención a todos los movimientos cercanos por tierra y por aire. Debíamos estar alertas para que no nos sorprendieran la banda del Zulú,

las fuerzas armadas de la policía, el ejército y gendarmería, ni los servicios de inteligencia de los laboratorios extranjeros fabricantes de cosméticos que en un par de días serían desabastecidos de materia prima. Los nuestros, los muchachos de *Esperanza sin Muros*, estaban impacientes por llevarse la camioneta de la cooperativa para hacer el reparto del pan. La gente de ese barrio alejado del centro y a la vez cercano a Estación Flores, donde no había gas natural ni cloacas ni pavimento, comenzaba a prepararse para ir a sus trabajos en las fábricas, en las casas de familia de los ricos y en los comercios de venta al menudeo. Salvo cuando el viento venía del este en ese barrio no era frecuente el olor a mierda que flotaba en otros, más cercanos al centro de la ciudad, donde las cloacas exhaustas expulsaban los excrementos a la superficie. El ruido de las motocicletas de quienes pasaban frente a la casa de Gladys para ir a sus trabajos borraron los últimos vestigios de tranquilidad. Los perros liberados de sus cadenas seguían atentos desde la puerta de entrada hacia adentro los desplazamientos de quienes habíamos arribado la noche anterior con el bulto maloliente que los inquietaba. Gladys los había encadenado unos segundos antes de que entrara la camioneta de la cooperativa, demasiado ruidosa como para que nadie se enterara de que en esa casa estaban sucediendo cosas raras.

–¿Qué tiene en los ojos? –preguntó la Lore, aterrada casi hasta perder el control de sus movimientos, como si una gota de agua helada resbalara por su espalda entre la piel y la prenda de algodón liviano que la separaba del suéter y la campera de jean. Me pidió la lupa y se acercó a mirarlo a una distancia comprometida entre el roce y el contacto, con una carga de curiosidad que no habría manifestado si la criatura hubiese estado despierta-. ¿Es pus, o está llorando?

“Eso”, cuyo nacimiento nunca había sido registrado, seguía roncando con la cadencia de un viejo tractor ruso empantanado en la Siberia, estiraba las piernas con estertores epilépticos y clavaba las uñas sucias y largas en las sábanas limpias que nos había provisto Gladys. Si hubiésemos prescindido del relato del cliente que le había impuesto a la Lore el mandato de cuidarlo, la certeza de su humanidad se habría esfumado ante la sola visión de su rostro y su cuerpo. Una costra cenicienta adherida a sus extremidades inferiores y variadas escoriaciones, producto de rascarse con los extremos afilados de sus dedos, acentuaba su aspecto negativo. Sabido es que las larvas alojadas en las infecciones producen un malestar permanente.

–Parece mayonesa... –redobló la Lore.

La secreción que cubría las pestañas, lagrimales y párpados de la criatura, semi-cerrados por el rechazo a la luz manifestado desde que empezó a recuperar el conocimiento, era verdosa y espesa, como el moco de un niño afectado por una congestión. Sus ojos cerrados se movían de un lado hacia otro, acaso como resultado del sopor provocado por la droga que lo mantenía aletargado. El temor de que al Coco se le hubiese ido la mano con el somnífero nos mantenía en vilo, su conocimiento sobre drogas se limitaba a pasar el plumero por encima de los frascos en las vitrinas del dispensario. La decisión de drogarlo para asegurar su inmovilidad se había impuesto como algo natural, casi ni hablamos del tema y fue tomada como si hubiésemos estado de acuerdo desde siempre. La visión plena de su cuerpo diminuto y la escasez de fuerza tuvieron un peso importante en la determinación de la dosis, que a pesar de ser mínima la mantuvo dormida de un día para otro. Entre sus labios de color remolacha podía apreciarse una dentadura despareja, descalcificada pero filosa y de color amarillento, un tono más pronunciado que el cetrino de su piel y el más claro de unos cabellos que parecían barba de choclo. Su agudo prognatismo hablaba de un descuido en la atención de su crecimiento tanto como en el aporte de alimentos, que nos hacía dudar de que tuviera fuerza suficiente para levantar el cuerpo sobre sus piernas descarnadas.

–¿Sabés una cosa? –dijo la Lore, con una vocecita apenas audible–. Tengo miedo de que nos maten, Philip. De que nos hagan cosas peores, que nos acusen de secuestro...

–Ya es tarde.

–Mirá chiquita –terció la voluminosa Gladys, que no parecía estar atenta a nuestra conversación–, yo me estoy jugando el peiejo igual que usted. Si van a retrocedé díganlo ya y se lo llevan de mi casa.

La Lore salió al patio a fumar un porro. Los perros se acercaron a olisquearla y a mirar hacia el interior para vigilar los movimientos de Sansón, que se había echado sobre el piso de la cocina. El aire estaba fresco, algo nublado todavía, las calles anegadas por la lluvia en algunos espacios y en otros con grandes barrizales que reflejaban los colores grises del amanecer. Era el momento de gratificar la complicidad de Gladys: le entregué cinco billetes de los grandes que completaban diez con los entregados la noche anterior, en pago por su hospitalidad y por las placentas humanas congeladas que aportaría para alimentar a la criatura. Intenté luego tranquilizar a mi amiga, abrazándola, pero no me dejó acercarse. Desde su llegada se mantuvo inquieta, como si de verdad no quisiera hacerse cargo del lío en que nos había comprometido.

–¿Qué vas a hacer? –pregunté.

–No sé.

–¿Dónde lo vas a esconder? Acá no se puede quedar mucho tiempo.

–¿Y si lo llevás a tu casa?

–Ni en pedo. El pacto fue que te ayudara a encontrarlo. Ahí lo tenés.

–Sabés que ahora no puedo atenderlo, tengo que seguir trabajando y también ocuparme del campo, organizarme. Te pago el doble...

–Lo hubieras pensado antes, mi oficio no es ser niñoero. Creías que no lo íbamos a encontrar, ¿no es cierto? Y Ponchelión tampoco...

–El triple.

–El pelotudo de Emilio dijo quién soy delante de toda la banda del Zulu. Sabés que a mi casa no puedo llevarlo.

–Fifty fifty.

Me cuidé de opinar que estaba por verse tanta generosidad. Tomé el celular para llamar a mi viejo amigo CQ para pedirle consejo, pero en el acto reflexioné que sería una imprudencia: a esa hora los servicios de inteligencia estaban trabajando a destajo para localizarnos. Emilio se acercó y nos dijo que Tolo y él se marchaban porque habían llegado el Bronco y otros muchachos para reemplazarlos en la guardia.

–Se vamo a hacé el reparto, si´a hecho tarde. Terminamo y volvemo. Tá todo tranqui.

–Ok.

La Lore se quedó mirándome fijo con sus lentes de contacto celestes casi zarcos. El humo del porro envolvía su rostro ojeroso, a mí en cambio la adrenalina me mantenía exultante. Trataba de pensar en las variantes posibles para una huida hacia algún lugar que nos permitiera cumplir el mandato de cualquier manera. Que “nos” permitiera, dije bien, porque así me lo había pedido la Lore la noche que me llamó para contarme que una criatura horrorosa la había atacado sexualmente en los fondos de un gallinero.

En ese momento no tenía conciencia de que sería tan complicado atenernos al compromiso.

–Lo siento, Lore. Además la Yési...

–La Yési te tiene zumbando, ya lo sé. Sos un cagón, no te animás a enfrentarla.

Me dolió más la nariz fracturada cuando dijo eso.

–Pensá lo que quieras. Ya te ayudé hasta donde pude.

–¿Me vas a abandonar ahora?

Quise responder pero no me salió una palabra. Sansón amagó asomarse al patio y los perros de Gladys comenzaron a gruñir. Retrocedió y se echó sobre su panza. Su gesto de no saber qué hacer, entre resignado y ansioso, reflejaba el estado de ánimo de todos nosotros.

–Te devuelvo la guita si querés. Mientras Gladys nos deje quedarnos yo te ayudo, después verás qué hacer. A mí no se me ocurre nada. Y la verdad, no te veo haciéndote cargo de atenderlo hasta que se muera. ¿Vas a abandonar a tus clientes,

te vas a mudar al campo? Si me decís que sí, no te creo.

–Voy a hablar con la Yési –dijo convencida.

Sacó el celular de la cartera de mano y buscó su número en la pantalla. Se lo arrebaté. Si la Yési descubría que estaba con la Lore se armaba la podrida.

–¿Qué hacés?

Me miró con odio.

–¡Cagón!

Comenzó a lagrimear. Me dio pena, pero decidí mantenerme firme. A nadie podría negarle que su presencia me desestabilizaba, mi convicción de que podía manejar mi calentura cuando estaba cerca de mí retrocedía sin remedio. Respiré por la boca tres veces, con la mirada fija en los ojos tristes de Sansón.

Estaba por sacarle la batería a su celular en el preciso instante en que Gladys nos llamó.

–¡Se tá despertando!

Arrinconada de espalda contra la pared, la criatura emitía sonidos guturales que anunciaban su decisión de defenderse de cualquier agresión. Daba pena ver el estado en el que estaba. Soplaba mocos, mostraba los dientes y las uñas, se empujaba con los talones hacia atrás en tanto Sansón le ladraba desde el pie de la cama. Yo aproveché para sacarle otro montón de fotos y Gladys le habló con ternura mientras le mostraba el crucifijo de un rosario. Después desenvolvió una placenta, la colocó en una bandeja y la depositó al alcance de sus manos. Apenas dio un paso atrás, la criatura, que no había mostrado rechazo por la imagen de Cristo y se reflejaba en los espejos como cualquiera de nosotros, se abalanzó sobre la materia sanguinolenta y la devoró con fruición. Se chupó los dedos manchados y enseguida eructó. Nos causó gracia, pero a la vez su aliento nauseabundo nos empujó para atrás.

–Vua prepará la bañera –dijo Gladys, con la nariz fruncida–. ¿Te animái a bañarlo?

Dije que sí, aunque no estaba convencido. Le devolví el celular a la Lore sin decir nada. Me quité el saco y el impermeable, me remangué y me calcé los

guantes de látex que había comprado la noche anterior. La criatura eructó dos veces más y entró en un sopor liviano que la tranquilizó. Confiado en que era cierto lo que habíamos lucubrado, de que no habría peligro mientras nadie estuviera menstruando, me acerqué sin temor y no le hice caso a sus gruñidos ni a su pataleo. Cargué en mis brazos su cuerpo liviano y mientras Gladys y la Lore salían otra vez a fumar, le saqué los trapos que la cubrían y la sumergí en una bañera de porcelana tan reluciente que lastimaba los ojos, ubicada en el centro del baño que estaba integrado a la casa. Al tomar contacto con el agua se asustó y comenzó a corcovear. Me costó un esfuerzo extra convencerla por las buenas, aunque no estoy seguro de que entendiera lo que le decía. Con cada movimiento brusco de sus piernas y brazos me empapaba. Tuve que emplear un poco de fuerza para mantenerla quieta mientras derramaba champú sobre la barba de choclo. Le apreté la garganta y se lo dije sin vergüenza al escriba cuando acordamos que escribiera esta historia. Como seguía pataleando, para enjuagarle la pelusa directamente la sumergí durante algunos segundos. Eso pareció calmarla. Después, no puedo calcular con exactitud el tiempo, pero no llegó al minuto, me llevé la sorpresa del día.

–¡Gladys, Lore! ¡Vengan por favor!

Entraron corriendo. Cuando se los dije ya me estaba sacando los guantes y desprendiendo los botones de la camisa empapada. Me pregunté por las razones que tuvieron para dejarme solo a cargo del baño. Me respondí que quizá el pudor que me atacó a mí y me decidió a abandonar la tarea era el mismo que las había llevado a ellas fuera de la casa.

–Van a tener que seguir ustedes –dije y me adelanté a explicarles antes de que empezaran a interrogarme.